

Los Reyes Católicos en la obra de W. Prescott. La visión “protestante” sobre los españoles y su historia

Roberto López Vela
(Universidad de Cantabria, España)

Introducción

La *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel* del norteamericano W. Prescott, supuso el arranque a gran escala de la historiografía liberal sobre España.¹ La primera edición en su lengua original apareció en 1837 y se tradujo al castellano en 1845 (Villora y Lanero, 1992). En muy pocos años la obra se tradujo a casi todas las lenguas europeas importantes, con sucesivas ediciones en cada una de ellas. En lengua inglesa tuvo veinte ediciones hasta la muerte de su autor en 1859 y cerca de cien hasta finales de siglo. Pocos fueron los libros de historia que tuvieron semejante éxito internacional. También en España fue uno de los libros de historia más editados durante el reinado de Isabel II, así como uno de los textos sobre esta materia

¹ *History of the Reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic*, Boston, 1837. Utilizo la edición facsímil editada por la Junta de Castilla y León en 2004, con prefacio de Isabel del Val, de la edición de 1845, *Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel*, traducida del original por Pedro Sabau y Larroya, 4 Vols., Madrid, Imprenta de M. Ribadeneyra y Compañía, 1845. Sobre las manipulaciones de la traducción, ver Jaksic, 2007, p. 408 y ss.

López Vela, R. (2017). Los Reyes Católicos en la obra de W. Prescott. La visión “protestante” sobre los españoles y su historia. En B. Vincent, C. Lagunas, E. Reitano, I. Sanmartín Barros, G. Tarragó, J. Polo Sánchez,... O. V. Pereyra (Coords.), *Estudios en Historia Moderna desde una visión Atlántica. Libro homenaje a la trayectoria de la profesora María Inés Carzolio* (pp. 125-143). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Memorabilia; 2). ISBN 978-950-34-1581-8.

con más ediciones en aquellos años centrales del siglo. Esto siguió así hasta que en 1855 comenzaron a aparecer sus tomos sobre el reinado de Felipe II, cuyo éxito editorial fue mayor.² Ni Llorente, ni Hefele o el conde de Maestre tuvieron semejante éxito editorial, a pesar del atractivo del argumento sobre el que trataban, el Santo Oficio (Vekene, 1982; López Vela, 2000, pp. 83-168). Evidentemente, el libro de Prescott fue la obra de referencia en el mundo sobre los Reyes Católicos y uno de los libros más leídos sobre la historia de España durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Con la *Historia de los Reyes Católicos*, la nueva “ciencia histórica” comenzó a realizar una caracterización sistemática del pueblo español y su historia. Es cierto que por aquellas fechas se publicaron otras obras con intenciones semejantes, pero ninguna tuvo un éxito comparable. La obra trataba el período en que España había conseguido la “unidad nacional”, sentando las bases de su “grandeza”. Prescott quiso explicar cómo los españoles habían logrado dominar el mundo y conquistar América antes de llegar a la decadencia. En unos años en que se enlazaba pasado, presente y futuro como expresión de la genética de un pueblo, preocuparse por el pasado de grandeza también solía comportar ciertas dosis de optimismo sobre la posible evolución de España en su presente. El gran éxito que tuvo el libro permitía atisbar una revisión de la negra imagen que se tenía de la historia española.

Los sucesivos libros de Prescott sobre las conquistas de México y Perú o sus obras sobre Carlos V y Felipe II ejercieron una influencia historiográfica todavía mayor.³ Fue el autor de referencia para la historiografía liberal sobre temas españoles. Lo que R. Kagan denominó “el paradigma de Prescott” (Kagan, 1998, pp. 229-252), la interpretación que este autor realizó de la historia española en torno al concepto de decadencia, constituyó un modelo explicativo cerrado, una especie de círculo, que definía a los españoles como

² *History of the Reign of Philip Second of Spain*, 3 Vols., Boston, 1855. Un año después de su publicación en inglés, Cayetano Rossel tradujo la obra: *Historia de Felipe II rey de España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, vol. I, 1856 y vol. II, 1857. El tercer volumen no llegó a traducirse.

³ Una historiografía actualizada sobre este autor, así como una visión de sus contactos con España en Jaksic, “Prólogo” al libro de Prescott (2010). Sobre la visión de Prescott respecto del imperio español, ver Jaksic, 2007, p. 323 y ss.

incompatibles con la modernidad.⁴ Su obra se publicó, no obstante, en un universo cultural —el norteamericano— en el que diplomáticos, viajeros y negociantes estaban escribiendo distintas visiones del presente y del pasado de España. La de Prescott, por supuesto, fue la más completa sobre su historia, pero no de su presente, ya que nunca visitó España.

Cuando publicó la *Historia de los Reyes Católicos* veía cualidades entre los españoles que lo llevaron a considerar reversible a la decadencia. El marco de su interpretación estaba definido, pero no era exactamente el que defendería después, lo que Kagan ha denominado “paradigma Prescott”. En 1837 parecía tener cierta sintonía con otros autores que tendían a ver de forma más positiva a los españoles. Para estos, los males de España se debían sobre todo a sus gobernantes e instituciones (Kagan, 2000, pp. 419-436). En la visión de Prescott, las responsabilidades estaban más repartidas. Elogiaba las grandes cualidades de los españoles, aunque se mostraba muy crítico con su fanatismo y más todavía con el de los sucesores de Isabel y Fernando. El propósito de este trabajo es hacer un análisis de la *Historia de los Reyes Católicos* y de la visión que entonces presentó, intentando conocer mejor los fundamentos del “paradigma de Prescott”.

Los reyes y los símbolos de España. Lo antiguo y lo nuevo

En la primera mitad del siglo XIX hubo verdadera pasión por la historia de España, aunque en Estados Unidos fue más limitada (Kagan, 2000, p. 419). No le faltaba razón a W. Prescott cuando escribió en 1837, en el prefacio de su libro, que los historiadores ingleses se habían ocupado de la historia de España “más que la de ningún otro país, si exceptuamos la suya” (Prescott, 2004, vol. I, p.11). Lo mismo se podría decir de los franceses o de los autores de otras naciones. Lo que fue la monarquía española de los Habsburgo, de ese imperio en el que nunca se ponía el sol, había afectado de una u otra forma a gran parte de las naciones que se estaban formando en Europa. La interpretación del pasado de la “nación española” en el siglo XIX no fue una tarea exclusiva de autores españoles, también concernía a la historia de aquellas naciones. Fue habitual que “extranjeros”, desde su correspondiente perspectiva nacional, escribiesen sobre la historia española. Algunos de estos trabajos

⁴ Para la biografía de este autor ver Ticknor, 1864.

tuvieron una gran repercusión historiográfica, incomparablemente mayor de la que consiguieron los autores españoles. Pocas historias nacionales como la española, se discutieron y se dirimieron tanto fuera de sus fronteras.

El común denominador entre estos historiadores “extranjeros”, de procedencias e intereses tan diversos, fue explicar la trayectoria de España desde su óptica nacional, partiendo del gran imperio para llegar a la situación de postración en que la veían en su presente. Prescott describió con lucidez esta perspectiva; habló de “sus soberbias ciudades” de antaño, hoy cubiertas de hierba, de “los palacios y los templos convertidos en montones de escombros”. Así, los españoles modernos contemplaban “estos restos de una raza gigante, muestra continua de la degeneración presente de su patria, para consolarse tienen que volver la vista a una época antigua y más ilustre de su historia” (Prescott, 2004, vol. IV, p.380). En la fecha de publicación del libro, este autor atribuyó a los españoles una visión melancólica y contemplativa hacia su pasado, como correspondía a un pueblo aletargado y en declive, aunque también veía signos de “revolución” y ruptura, de esperanza. En cualquier caso, ese contraste entre el pasado brillante y la ruina posterior dio pie a Prescott y a quienes escribieron sobre España, a impartir lecciones a sus lectores sobre lo que no debían hacer los pueblos que aspirasen a sumarse al progreso.

Fuera de las fronteras españolas fue escaso el interés por su pasado en la Antigüedad o en la época medieval. Lo que importaba era la época de esplendor de la monarquía española, esa que comenzaba con los Reyes Católicos y se prolongaba hasta el final del reinado de Felipe II. También lo ocurrido desde la era napoleónica despertaba curiosidad, pero eso ya formaba parte de lo que era su actualidad, y más que ocultar el período de esplendor, contribuyó a realzar los contrastes. Se podría afirmar que antes de los años sesenta del ochocientos, no estuvieron concluyentemente definidos los símbolos y los contenidos en torno a los que se identificaba el pasado de España en Europa y Estados Unidos. Es cierto que el primer romanticismo avanzó mucho en este terreno, que las posibilidades estaban perfiladas, pero aún cabía cierto margen. ¿Cuál sería el símbolo de España más destacado para los autores “extranjeros”? ¿Los Reyes Católicos, particularmente la reina Isabel, a la que en España se quería vincular al período que se abría con el reinado de Isabel II? (López Vela, 2007, pp. 21-51; Álvarez Junco, 2004, pp. 267-290; Cirujano Marín, 1985). ¿O bien un Felipe II ligado al fanatismo y a la Inquisición,

que conectaba inevitablemente con el denostado Fernando VII? (Pasamar Alzuría, 1993, pp. 183-214; García Cárcel, 2000, pp. 353-372). Sobre estos emblemas se debatían distintas concepciones acerca del pasado que remitían al presente y presagiaban un futuro distinto para España. En la década del treinta del siglo XIX, la producción en torno a Felipe II ya era muy abultada y no dejó de crecer en los años siguientes.⁵ Era el rey español por antonomasia, el mayor causante de la decadencia. Aunque fuesen conocidos, los Reyes Católicos no contaban con una producción semejante, ni se los consideraba tan simbólicos fuera de España. Las obras de D. Clemencín (1820) sobre la reina Isabel la Católica y, sobre todo, la de W. Prescott anteriormente citada, cambiaron este panorama. Por primera vez, se hablaba en el mundo de los que se consideraban sus años de apogeo, de cómo habían conseguido esa grandeza, de las habilidades políticas de unos monarcas cuyo gobierno fue modélico en su época, de cómo los ejércitos españoles se habían impuesto primero en Granada y luego en Europa, o del descubrimiento de América. Por supuesto, también supuso tratar la expulsión de los judíos o el establecimiento del Santo Oficio y las consecuencias que se derivaron de ambos hechos.

Para Prescott el período de grandeza de la monarquía española abarcaba el reinado de los Reyes Católicos y el de Carlos V. Este último, “bajo su impulso (del reinado de los Reyes Católicos), continuó la nación progresando más y más a despecho del sistema del mal casi puro que siguió en los reinados posteriores” (Prescott, 2004, vol. IV, p. 415 y ss.). Según este autor, los Austrias mostraron lo nefasto de sus métodos de gobierno desde el primer momento. Con Carlos V se agotó la inercia del reinado de los Reyes Católicos. Para él, ninguna nación había dado tantas pruebas de la “profunda ignorancia de los verdaderos principios de la ciencia económica” como la España de los Austrias, algo que sería extensible a los principios del gobierno político. Todo ello dio como resultado un siglo XVII en el que “la nación había llegado a su mayor degradación y abatimiento”. Esta política de los Habsburgo había logrado oscurecer, a los lectores ingleses y americanos, la grandeza de cuanto hicieron los Reyes Católicos. El propósito de su obra era reparar este olvido.

⁵ A través de los distintos trabajos contenidos en los volúmenes coordinados por Martínez Millán y Reyero (2000) se puede tener una visión de lo que se publicó sobre Felipe II en la época en Europa y Estados Unidos, y las distintas interpretaciones.

En 1807 Diego Clemencín, destacado miembro de la Real Academia de la Historia, leyó en solemne sesión académica su *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel* (López Ruiz y Aranda Muñoz, 1994, p. 101 y ss.). Se trataba de un encargo de la Real Academia con motivo del centenario de su fallecimiento, al que añadió “ilustraciones” en las que trataba aspectos específicos del reinado con notable profundidad. El trabajo erudito que realizó, así como los avatares de la guerra de la Independencia y de la restauración de Fernando VII, retrasaron su publicación hasta 1820. Como su propio título indicaba, era un elogio de la reina en el que seguía algunas de las pautas señaladas por el padre Folz (Morales Moya, 2004, pp. 255-262). Si en los siglos XVI y XVII se había resaltado el papel fundamental de Fernando en el diseño de la monarquía española (Ferrari, 2006), ahora Clemencín ponía el acento en Isabel y lanzaba duras críticas contra su marido.⁶ La obra tuvo una importancia decisiva para la historiografía española, que convirtió a Isabel en una soberana fundamental de la historia nacional. En 1847 se tradujo al francés, y se transformó en fuente de inspiración para los libros que se escribieron en ese país sobre la reina.⁷ Parece que Prescott tuvo dificultades para conseguir el libro de Clemencín (Jaksic, 2007, p. 406), aunque no escatimó elogios y muestras de su mayor consideración hacia su autor (Prescott, 2004, vol. I, p. 323).

En 1837, en el prefacio a su obra sobre Fernando e Isabel, Prescott aludió a la España de su contemporaneidad mostrando sus expectativas tras la muerte de Fernando VII. Veía a España abatida por la reciente “pérdida del imperio exterior y del crédito interior” y “entregada a todos los males de la anarquía”, pero nada era peor que “el letargo en que ha estado sumida por siglos”. Más vale sufrir la “tempestad”, que continuar estancada en una “mortífera calma perniciosa a la vez para el progreso moral e intelectual”. Era cierto que:

[la] crisis de una revolución, cuando se destruyen las cosas antiguas y las nuevas no están todavía establecidas, es en verdad temible; y aun las consecuencias inmediatas de su complemento apenas lo son menos para un pueblo que tiene

⁶ La edición original se realizó en 1945.

⁷ *Précis historique sur la reine catholique Doña Isabelle*, traduit de l'espagnol par F. Amanton, Paris, Comptoir des Imprimeurs-Réunis, 1847.

que aprender por la experiencia, la verdadera forma de las instituciones más adecuadas a sus necesidades y que ha de acomodar su carácter a estas instituciones (Prescott, 2004).

La “revolución” acarrea consecuencias adversas, pero era necesaria para salir de la decadencia. Por ello, invitaba a sus lectores de habla inglesa a mantener la confianza en los españoles, porque “los españoles lo conseguirán más tarde o más temprano, nadie que esté versado en su antigua historia y haya visto los ejemplos que presenta la virtud heroica, de patrióticos sacrificios y de noble amor a la libertad” (Prescott, 2004, vol. I, p. 20) podía perder la ilusión. Sus caracterizaciones sobre el pueblo español en 1837 inducían a la esperanza.

En un país sumergido en la primera guerra carlista y en medio de una difícil regencia, sus expectativas se centraban en la hija de Fernando VII, Isabel, de apenas siete años (Burdial, 2010).

Ciertamente, decía, se han aglomerado nubes y tormentas alrededor del trono de la joven Isabel; pero no mayores ni más densas que las que ya cubrieron el país en los primeros años de la ilustre progenitora de su nombre, y podemos esperar con confianza que la misma Providencia, que encaminó el reinado de aquella a tan feliz término, sacará salva a la nación de sus presentes peligros y la asegurará el mayor de los bienes de la tierra: la libertad civil y religiosa (Prescott, 2004, vol. I, pp. 20-21).

Prescott fue uno de los primeros en señalar la idea del paralelismo entre Isabel la Católica y quien sería proclamada reina en 1843 como Isabel II (López Vela, 2007; Álvarez Junco, 2004). Una comparación destinada a tener gran eco en las décadas siguientes, especialmente en España, y que invitaba a contemplar con ilusión el arranque del nuevo reinado. El pueblo español contaba con las cualidades necesarias. Si tenía una buena reina, como lo fue la primera Isabel, podía salir de la postración como ya ocurriera en el siglo XV. Aquel lejano y brillante pasado se podía conectar con el presente para superar siglos de letargo, intolerancia y decadencia. Esta era la apuesta de Prescott. En estos años, sus posiciones sobre los españoles quizá tuviesen cierta sintonía con las de Caleb Cushing (Kagan, 2000, pp. 430-432).

Mahometanos y “patriotismo”: la solución de los Reyes Católicos

Como era habitual entre los historiadores norteamericanos dedicados a las cosas de España, Prescott también consideró positivamente su historia medieval (Kagan, 1998, p. 233 y ss.). Naturalmente, concedió gran importancia a la invasión árabe por el sesgo particular que había dado a sus “instituciones y carácter de sus moradores” (Prescott, 2004, vol. I, p. 1). No obstante, estuvo lejos de la habitual perspectiva orientalista, algo fundamental para entender su obra. Tenía una consideración muy positiva de los logros de la civilización árabe en España, incluso al referirse al siglo XV. Para él, este pueblo había conseguido los métodos más avanzados del período en la producción agraria e industrial. Es más, “habían llevado algunas ramas del saber humano a un grado tan alto, que apenas le han sobrepujado los europeos en los tiempos posteriores” (Prescott, 2004, vol. I, p. 2). La influencia de la civilización árabe había sido muy importante, pero no negativa.

Por lo general, para los historiadores extranjeros de estos años, el origen de los españoles no se encontraba en el período anterior a la invasión romana, sino en los visigodos o en los árabes. ¿Cuál había sido el origen del carácter y costumbres de los españoles para Prescott? Su respuesta no dejó lugar a dudas: los visigodos, un pueblo “bárbaro de origen germánico”. Sus costumbres tuvieron “los mismos principios liberales de gobierno que distinguieron a sus hermanos teutones”, que formaron otras naciones europeas. Es cierto que la permisividad de los mahometanos tras la invasión facilitó que la mayoría de los españoles aceptasen su dominio y que los núcleos de resistencia fuesen muy reducidos al principio. Poco a poco, sin embargo, los diversos reinos cristianos reconquistaron territorios, y forjaron un carácter “sobrio, valeroso, independiente, dispuesto a reclamar su antigua herencia y a echar los fundamentos de una forma de gobierno mucho más liberal y justa que la conocida por sus mayores” (Prescott, 2004, vol. I, p. 9). Este fue el motivo por el que los españoles, dada la disparidad entre ambos pueblos, apenas si absorbieron la influencia de los árabes. No obstante, esta clara afirmación fue matizada o desmentida en otros párrafos de la obra para remarcar la importancia de los intercambios que se dieron en las dos direcciones, especialmente en épocas

de paz (Prescott, 2004, vol. I, p. 15).⁸ Con todo, en la *Historia de los Reyes Católicos* la identidad de los españoles tuvo un nítido origen germánico y los importantes mestizajes que se produjeron con los árabes no dieron como resultado una nueva “raza”. Es decir, no había sido el carácter de los árabes el que había determinado el de los españoles, sino cómo estos habían respondido y habían construido su identidad en la lucha con aquellos.

La invasión mahometana y la larga guerra que la siguió potenciaron más ese espíritu libre de los españoles. Aunque en algunos momentos habló de la “guerra santa” de los españoles, en lo que más insistió fue en el “entusiasmo” con que defendieron su nación. Por ello, en su lucha contra los árabes hubo “cierta consideración respetuosa que luego se perdió”. Y es que los españoles de esta época no tuvieron “casi nada de la furiosa superstición que posteriormente mancilló el carácter nacional”. Una de las razones por las que no cayeron en el fanatismo fue por el respeto que sentían ante “la superioridad intelectual de los árabes” (Prescott, 2004, vol. I, pp. 14 y 43). No obstante, la superstición (la antesala del fanatismo, para Prescott) fue más intensa entre los españoles que en otros pueblos europeos. Así “patriotismo, religiosa lealtad y orgulloso espíritu de independencia fundado en el convencimiento de no deber sus posesiones más que a su valor personal, fueron los rasgos característicos de los castellanos antes del siglo XVI”. Posteriormente, a pesar de la política opresora de los Austrias, habían seguido dando muestras de ello, porque no los habían “podido subyugar enteramente” (Prescott, 2004, vol. I, p. 17). Solo la Iglesia había conseguido ese dominio total tras el siglo XV.

La lucha que los españoles mantuvieron con los “infeles”, según Prescott, fue más por “patriotismo” que por razones religiosas, aunque también hubo algo de “cruzada”. Su espíritu se fortaleció con sentimientos y canciones caballerescas. Unos valores compartidos en gran parte por los mahometanos. La “vecindad, decía, de las partes enemigas, ofrecía abundantes ocasiones para encuentros personales y para empresas atrevidas y novelescas”. El respeto por el “bello sexo” de los visigodos, se combinó con el entusiasmo religioso, dando lugar a un modelo de héroe “que en otros países pasaba por extravagancias de

⁸ Sobre las posiciones de la historiografía decimonónica sobre la reconquista, ver Ríos Saloma, 2011, p.153 y ss.

libros de caballería” (Prescott, 2004, vol. I, pp. 15 y 38). Prescott presentó el reinado de los Reyes Católicos como el momento en el que triunfaron plenamente ese patriotismo y ese espíritu caballeresco, en el que todo español se sintió “caballero andante”.

En la *Historia de los Reyes Católicos*, la larga lucha contra los mahometanos (no utilizó el término reconquista) hizo que la nobleza y la Iglesia fuesen más fuertes que en otros territorios europeos. Prescott (2004) tuvo interés en explicar la gran influencia que el clero había conseguido en España. Para él, su poder dio comienzo en el período visigodo y muy ligado a los reyes, y fuere forzado en la “guerra santa”. En cambio, España era el territorio europeo en el que el papado había tenido menos influencia (vol. I, p. 39). Durante siglos se había mantenido el rito mozárabe, resistiendo las presiones del papado y conteniendo las injerencias de la curia. Como buen “protestante”, mostró una actitud muy crítica hacia los abusos eclesiásticos y el enorme poder obtenido por las órdenes militares. A pesar de su desenfreno, los eclesiásticos incrementaron su influencia en la sociedad gracias a la acumulación de riquezas. En cada localidad que se conquistaba, la Iglesia conseguía nuevas posesiones que aumentaban sus posibilidades de abuso. El pueblo se pervirtió entre tanta corrupción, y aprendió a “dar valor exclusivo a los ritos externos, a las formas más bien que al espíritu del cristianismo” (vol. I, pp. 41-43). Es decir, su entusiasmo religioso no se debió precisamente al ejemplo de los eclesiásticos.

A diferencia de otros nobles, los españoles no tuvieron nada de “afeminados”: vivieron para el ejercicio de las armas y sus proyectos de engrandecimiento. Sus ambiciones provocaron verdaderas guerras civiles que pusieron en peligro al reino, particularmente durante las minorías de edad de los reyes, que afectaron a España más que a ningún otro lugar de Europa. Las constantes concesiones de tierras y privilegios por parte de los reyes en el siglo XV incrementaron su ambición amenazando con “subvertir las libertades de la nación”. Unos reyes “imbéciles” que “gastaban las rentas del reino en “sus placeres personales y para enriquecer a indignos favoritos” (Prescott, 2004, vol. I, p. 50) pusieron al reino de Castilla al borde del precipicio. El período medieval concluía con unos reinos mal o pésimamente gobernados, pero con un pueblo lleno de energía.

Los logros del reinado de los Reyes Católicos se debieron a su inteligente política, a su habilidad para moverse en difíciles circunstancias. Supieron sacar

partido de las energías de sus súbditos y neutralizar a sus enemigos. Siguiendo una cuidada estrategia, se apoyaron en las Cortes para enfrentarse a la nobleza, y seleccionaron a las personas más capacitadas del estado llano para los mejores puestos de la administración. Paralelamente, atraieron a unos nobles y combatieron a otros, con lo cual lograron reducir su poder y los sometieron a la autoridad real. Así, eliminando particularismos y concentrando energías, habían construido el primer Estado nacional, y transformado a España en una gran potencia capaz de dominar en Europa y conquistar América.

En su *Elogio de la reina*, Clemencín (1820) había ofrecido una novedosa y rica información sobre la buena administración de los reyes.⁹ También se fijó el valor de las monedas y fomento de la industria.¹⁰ En la misma línea, Prescott destacó la mejora de los puentes, caminos y comunicaciones en general durante este reinado. Los Reyes Católicos habían eliminado trabas al comercio, a la producción industrial, y reducido también algunos impuestos. Con ello habían conseguido un notable incremento de la actividad económica que se había traducido en el enriquecimiento de la nación. Así, habían logrado aumentar por treinta la recaudación de impuestos (Prescott, 2004, vol. IV, pp. 404-405). En otras palabras, los Reyes Católicos habían seguido una política de orientación liberal, opuesta a la del imperio de los Austrias, basada en los monopolios y la explotación parasitaria de América, que tanto daño había hecho.

Prescott no compartió la semblanza que Clemencín (1820) había formulado sobre la religiosidad de Isabel y su forma de tratar los asuntos eclesiásticos.¹¹ Se equivocaban, decía, quienes viéndola rodeada de eclesiásticos y directores espirituales creyeron “que la religión era el grande objeto de sus principales empresas dentro y fuera del reino”. En realidad, “adoptó medidas más eficaces que ninguno de sus predecesores para disminuir el poder temporal del clero”. También manifestó la “misma actitud independiente” frente al papado (Prescott, 2004, vol. IV, p. 352). Su interpretación del papel de Isabel como gobernante se encontraba en las antípodas de esa supuesta santidad

⁹ Prácticamente todas las ilustraciones hablan de la buena administración del reino. Para profundizar, ver las ilustraciones 2, 5, 6, 7, 8 y 9.

¹⁰ Ver ilustraciones 11 y 20.

¹¹ Ver ilustración 15.

que poco después le atribuirían los autores más conservadores (López Vela, 2007, p. 29y ss.). La reina, según él, había aplicado una hábil y férrea política en Castilla y había dirigido la monarquía junto a su marido. Formalmente, Isabel y Fernando, cada uno con sus peculiaridades, habían sido responsables de las grandes decisiones que se adoptaron en su reinado, incluyendo las más delicadas. No obstante, a medida que avanzó en su relato, matizó esta interpretación.

Los orígenes del fanatismo: el Santo Oficio y Cisneros

Como fue habitual en la historiografía del XIX, en la obra de Prescott la decisión más controvertida de los reyes había sido la fundación del Santo Oficio y la política religiosa. Por supuesto, la institución le parecía la creación más abominable de la humanidad, consustancial al catolicismo y al papado. No era, por tanto, una creación española. Los motines contra los judíos forzaron una conversión poco sincera de muchos de ellos, que así pudieron emparentar con la nobleza, pero los casos de apostasía fueron frecuentes. ¿Era tan grave la “herejía” de los judíos recién convertidos? Para él los problemas fueron otros: la “secreta envidia que tenían los castellanos a la superior habilidad e industria de sus compatriotas hebreos y las mayores riquezas que estas cualidades les proporcionaban” (Prescott, 2004, vol. I, p. 338). Según Prescott, los reyes se dejaron aconsejar para su creación por los eclesiásticos más radicales, siguiendo esa “mezcla de credulidad y superstición” propia de los tiempos y dejándose llevar por el odio popular contra los judíos. Su expulsión en 1492 fue injustificable y supuso eliminar a buena parte de los sectores más productivos y valiosos. No obstante, también señaló que medidas como esa se habían tomado en Europa y se siguieron adoptando hasta tiempos recientes. Un príncipe ilustrado como Federico el Grande también había expulsado a los judíos.

Mientras el rey Fernando apoyó desde el principio la idea del Santo Oficio, viendo en él un “manantial fecundo de rentas”, Isabel tuvo aversión a medidas tan rigurosas. Ahora bien, cuando se trataba de “deberes religiosos, demostró la humildad más profunda, sujetándose con mucha sumisión” a sus consejeros espirituales, en este caso a Torquemada (Prescott, 2004, vol. I, p. 340). De esta forma, la piedad de Isabel y su sentido del deber la empujaron a

obedecer a sus confesores. Así, los principios católicos en que había sido educada y eran su norma de conducta fueron la causa de sus errores. En la obra de Prescott, la reina fue el mejor modelo de princesa católica y por ello, en cuestiones de fe, sometida a la obediencia de sus directores espirituales. Estos eran “los únicos casuistas capaces de señalar con toda seguridad la dudosa línea del deber”. Su fe y su conciencia la llevaron a ser esclava de la Iglesia en todo lo que tocase a la “herejía”. En lo referente a las posiciones de los reyes sobre el establecimiento del Santo Oficio, así como a su funcionamiento y las cifras de condenados, Prescott citó a Puigblanch, pero a quien más reconoció y siguió fue a Llorente (1981), un autor muy citado en su obra. En una amplia nota dijo que había escrito “la historia más auténtica, y aún la única auténtica de la Inquisición moderna”, aunque en otros puntos también criticó sus exageraciones (Prescott, 2004, vol. I, p. 362; vol. IV, pp. 412-412).

Para Prescott, lo ocurrido tras la conquista de Granada con los mudéjares tenía algunos paralelismos con la creación del Santo Oficio. En las capitulaciones de su rendición se había estipulado el respeto a sus prácticas religiosas; pero, apoyado en la antipatía popular, Cisneros presionó de tal forma para su conversión que terminó originando una rebelión. Con su aplastamiento, se forzó a los mudéjares a elegir entre la conversión o su marcha a África. Isabel podría haber optado por seguir las opiniones más templadas de su confesor, Hernando de Talavera, del cual estaba más próxima por sensibilidad y carácter; sin embargo, se dejó guiar por los eclesiásticos más inflexibles, en este caso Cisneros (Prescott, 2004, Vol. III, p. 173y ss.). Los Reyes Católicos fueron grandes gobernantes, pero Fernando por interés e Isabel por dejarse arrastrar, fueron responsables de haber creado el Santo Oficio y haber expulsado a los judíos. No obstante, Prescott —como antes había hecho Clemencín— contribuyó a ensalzar la figura de la reina, descargando sobre Fernando los entresijos de las decisiones más controvertidas, pero ello no la libró de las sombras. Como más adelante señaló, la legislación y cuanto había hecho esta reina, animada por las más nobles intenciones, contenía “un germen del mal, que, aunque fuese de poca importancia por entonces, había de llegar, bajo el vicioso fomento que le dieron sus sucesores, a oscurecer y aniquilar todo lo bueno” (Prescott, 2004, Vol. IV, p. 398). La visión de Prescott sobre la reina, por elogiosa que fuese, tuvo muy poco que ver con las que se manejaban en España (García Cárcel, 2005, p. 647y ss.; Rodríguez Bernal y Bort Tormo,

2005, pp. 691-708; Ferrari, 2006; López Vela, 2007; Álvarez Junco, 2004). Su natural enérgico y bondadoso estaba alejado del radicalismo y la intolerancia, pero cometió el error de subordinarse a la dirección espiritual de los fanáticos y, en consecuencia, sus decisiones en este terreno fueron fanáticas.

En la *Historia de los Reyes Católicos*, seguramente es el cardenal Cisneros el personaje que simboliza mejor el carácter español en estos años. A través del análisis que presentó de su personalidad y realizaciones, se entendían los motivos de las decisiones más controvertidas del reinado a partir de 1490. Prescott trazó con rápidas y precisas pinceladas su “genio” contraponiéndolo con el cardenal francés Richelieu. Al primero lo describió con un carácter firme, decidido, y como abnegado servidor del Estado, generoso y de una moral rígida e intachable;¹² más culto que Richelieu, al que presentó como la antítesis: egoísta, retorcido, arrogante, sanguinario y rencoroso.¹³ Es cierto que ambos tuvieron responsabilidades semejantes, pero Prescott presentó las cualidades de uno y otro de forma tan distinta, que no se entienden bien los términos de la comparación hasta llegar a su conclusión. Richelieu tuvo una gran ventaja sobre Cisneros: “no fue supersticioso como él; porque no tenía por base principal de los elementos constitutivos de su carácter la religiosidad, sobre la cual levantar la superstición”. En otra parte de su obra, confrontó la “extraordinaria” personalidad de Cisneros con la de Lutero, preguntándose qué habría pasado si la “exaltación” del primero se hubiese dedicado a derribar el catolicismo.

¹² De Cisneros escribió “Sus miras eran muy superiores a las consideraciones del interés particular: como político, identificaba su propia persona con el estado; como eclesiástico, con los intereses de su religión; castigaba con severidad toda ofensa hecha a estos objetos; pero olvidaba fácilmente cualquier injuria personal, y se le presentaron muchos casos notables en que acreditarlo. (...) No levantó la fortuna de su familia; tenía hermanos y sobrinos, pero se contentó con proporcionarles un decente mantenimiento (...) Hablaba frecuentemente de su pobre cuna y de la condición de su vida en sus primeros años, y lo hacía con grande humildad (...) Fue irreprensible en su conducta moral, y aun en la corte se ajustaba rigurosamente a todos los preceptos de la regla de su orden austera, del mismo modo que cuando vivía en el claustro. Era sobrio, parco y casto” (Prescott, 2004, vol. IV, pp. 335-337).

¹³ De Richelieu decía “El cardenal francés le constituía el egoísmo puro y sin mezcla: su religión, su política, sus principios, todo en suma estaba subordinado a aquella cualidad fundamental; podía olvidar las ofensas hechas al estado, pero no las que se hacían a él, las cuales perseguía con rencor implacable; su autoridad estaba materialmente fundada en sangre; sus inmensos medios y favor se emplearon en el engrandecimiento de su familia”. Tampoco era valiente, “aunque violento e impetuoso, era incapaz de disimular y fingir; y bien arrogante hasta el extremo, buscaba el suave incienso de la lisonja” (Prescott, 2004, vol. IV, p. 342).

Sin embargo —dice—, esta última posición [el catolicismo], parecía más adecuada a la clase de su espíritu, naturalmente predispuesto a favor de los misterios de la fe romana, así como a su temple inflexible, que le hacía más a propósito para sus dogmas categóricos y resueltos (Prescott, 2004, vol. III. p. 163).

El problema no era de cualidades personales o del pueblo, sino de la religión a través de la que se expresaban sus energías. Evidentemente, el catolicismo sincero e intenso era lo peor, porque llevaba “el germen del mal” y, por más nobles que fuesen las intenciones, conducía al error y el fanatismo.

En el repaso de los logros del reinado efectuado en sus conclusiones, Prescott no reparó en elogios respecto a cuanto se consiguió, al espíritu de aventura caballeresca y a la energía de los españoles, pero la creación del Santo Oficio llegó a “contrapesar” cuanto de bueno se había conseguido. “Más que ninguna otra cosa, ha contribuido a paralizar los brillantes progresos de la raza humana”. En el intento por imponer la “uniformidad de creencias”, cosechó un sistema basado en la “hipocresía y la superstición”. “¡Qué desgracia que semejante desventura cayese sobre un pueblo tan noble y generoso!” Era una desgracia que hubiese sido Isabel, una reina tan patriótica, quien hubiese impuesto el sistema. El germen del mal se había instalado, pero en aquellos años sus consecuencias no resultaron visibles:

Los daños inmediatos que causó al país el espíritu de superstición en el reinado de Don Fernando y Doña Isabel, aunque se han exagerado en gran manera, fueron indudablemente bastante graves. Sin embargo, los beneficios que produjo su gobierno, desarrollando saludables facultades y energía del estado, fueron todavía suficientes por sí solos para curar estas y otras más profundas llagas, y para hacerla adelantar, a pesar de todo, en la carrera de la prosperidad (Prescott, 2004, vol. IV, pp. 414-415).

En la obra de Prescott, los últimos años del gobierno de Cisneros muestran las contradicciones que se habían acumulado durante el reinado de los Reyes Católicos. Cisneros había impedido la “razonable” reforma de la Inquisición pedida por los conversos; también había instituido por primera vez “el despotismo” con el que luego gobernarían los Austrias. Entretanto, hizo lo posible por contener a un “pueblo exasperado por los insolentes agra-

vios de los flamencos” y la poca consideración en que les tenía “su nuevo soberano” (Prescott, 2004, vol. IV, p. 326). Por más que el cardenal fuese un gran gobernante, su “superstición”, junto a su carácter y dotes de gobierno, dieron un decisivo giro “despótico” en el gobierno de la monarquía, que facilitó cuanto hizo inmediatamente después Carlos V. Los mejores hombres que sirvieron al emperador se habían formado con los Reyes Católicos, por eso apenas se notó el cambio político en la primera parte de su gobierno. En los años siguientes, sin embargo, se evidenciaron las consecuencias de esa combinación entre la política de los Austrias, la Inquisición y el fanatismo. La represión contra los judíos tuvo terribles consecuencias, pero fue en época posterior, con Carlos V y Felipe II, cuando se combinó la lucha contra los protestantes en el interior por parte del Santo Oficio y en el exterior por los ejércitos de los Austrias, cuando España se colocó como baluarte del catolicismo contra el progreso.

En la *Historia de los Reyes Católicos*, el gran problema de los españoles no fueron sus cualidades, ni tan siquiera las de sus reyes (hasta la llegada de los Austrias). Su defecto fue la religión “romana” y las instituciones que nacieron a su amparo (la Inquisición).¹⁴ Fue esta religión la que dirigió las energías de los españoles de forma tal que —como les pasó a sus mejores representantes, Isabel o Cisneros— convirtió en “errores” decisiones nacidas de la “virtud” y pensadas con la mejor intención. En cambio, los ligeros principios religiosos de los franceses (Richelieu) les impidieron seguir este camino. El entusiasmo católico de los españoles los había conducido al fanatismo y la decadencia. La lección resultaba perfectamente evidente para los lectores de *Historia de los Reyes Católicos*: el problema no eran los españoles, sino Roma y el catolicismo, que habían configurado su pensamiento y costumbres.

El sistema inquisitorial se había construido contra los grupos de origen judío o árabe, pero fue con los luteranos cuando manifestó toda su naturaleza perversa y se enfrentó a la libertad y al progreso. Aquí los Austrias, apoyándose en ese “monstruoso” sistema, consumieron los recursos de España en estériles guerras en Europa y América para mantener su dominio despótico, y llevaron a la nación a la decadencia más lamentable. Es cierto que los espa-

¹⁴ Jaksic (2007) ha insistido en la importancia de lo religioso en la obra de Prescott y de otros historiadores que le precedieron (p. 408 y ss).

ñosles siguieron dando algunas muestras de su vigor político, pero su subordinación a la Iglesia agostó cualquier posibilidad. Así, el elemento central en la articulación del “paradigma de Prescott” fue confesional. A través del historiador norteamericano, los conflictos confesionales de los siglos XVI y XVII se proyectaron en el siglo XIX. A la postre, la interpretación que se impuso en el ochocientos sobre el pasado de la monarquía española —debidamente reformulada según los cánones de la “ciencia histórica”— fue la que había nacido y crecido al calor de las corrientes surgidas de la ruptura luterana. Las mismas que habían considerado a la monarquía católica como su más encarnizado enemigo.

Prescott no visitó España, pero sí estuvo al tanto de cuanto sucedía. En 1837 expresó su confianza en los españoles y en que el reinado de Isabel II sacaría al país de la postración estableciendo “la libertad civil y religiosa”. Pero en 1855, cuando publicó su obra sobre Felipe II, estaba claro que la reina no había cumplido sus expectativas: seguía sin haber libertad religiosa. Es decir, España había dejado pasar la “revolución”, su gran oportunidad para conseguir la libertad. Entonces Prescott dejó de manifestar confianza en los españoles. La decadencia ya no le parecía reversible. Una vez más, presente y pasado se conectaban, pero ahora para establecer ese modelo cerrado que caracterizaba a los españoles, basado en el catolicismo, la falta de libertad y la decadencia. Es decir, el “paradigma de Prescott”.

Bibliografía

- Álvarez Junco, J. (2004). Isabel la Católica vista por la historiografía del siglo XIX. En J. Valdeón Baruque (Ed.), *Visión del reinado de Isabel Católica* (pp. 267-290). Valladolid: Ámbito.
- Burdiel, I. (2010). *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid: Taurus.
- Cirujano Marín, P., Sisinio Pérez Garzón, J., Elorriaga Planes T. (1985). *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*. Madrid: CSIC.
- Clemencín, D. (1820). *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel, leído en la Junta Pública que celebró la Real Academia de la Historia el día 31 de julio de 1807*. Madrid: Imprenta de Sancha.
- Ferrari, Á. (2006). *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*. Madrid: Imprenta Taravilla.
- García Cárcel, R. (2000). Felipe II y la leyenda negra en el siglo XIX. En J.

- Martínez Millán y C. Reyero (Eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX* (vol. I, pp. 353-372). Madrid: Sociedad para la conmemoración de los centenarios de Carlos V y Felipe II.
- García Cárcel, R. (2005). La opinión histórica sobre Isabel la Católica. En V. López Cordón y G. Franco (Eds.), *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica* (pp. 645-666). Madrid: Fundación Española de Historia Moderna.
- Jaksic, I. (2007). *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Kagan, R. (1998). El paradigma de Prescott: La historiografía norteamericana y la decadencia de España. *Manuscripts*, 16, 229-252. Recuperado de <https://ddd.uab.cat/pub/manuscripts/02132397n16/02132397n16p229.pdf>
- Kagan, R. (2000). Un país gobernado por los curas. Reflexiones en torno a la imagen de España en Estados Unidos a comienzos del siglo XIX. En J. Martínez Millán y C. Reyero (Eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX* (vol. I, pp. 419-436). Madrid: Sociedad para la conmemoración de los centenarios de Carlos V y Felipe II.
- López Ruiz, A. y Aranda Muñoz, E. (1994). *Diego Clemencín*. Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.
- López Vela, R. (2000). Historiografía inquisitorial, catolicismo y España. Análisis de una trayectoria historiográfica. En J. Pérez Villanueva y B. Escandell Bonet, *Historia de la Inquisición en España y América* (pp. 83-168). Madrid: BAC.
- López Vela, R. (2007). Isabel la Católica, símbolo liberal. La construcción de la memoria histórica en el reinado de Isabel II. *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 43, 21-51.
- Llorente, J. A. (1981). *Historia crítica de la Inquisición en España* (vols. 1-4). Madrid: Hiparión.
- Martínez Millán, J. y Reyero, C. (Eds.) (2000). *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*. Madrid: Sociedad para la conmemoración de los centenarios de Carlos V y Felipe II.
- Morales Moya, A. (2004). Visión de Isabel I en el siglo XVIII. En J. Valdeón Baroque (Ed.). *Visión del reinado de Isabel Católica* (pp. 255-262).

Valladolid: Ámbito.

- Pasamar Alzuría, G. (1993). La configuración de la imagen de la “Decadencia española” en los siglos XIX y XX. *Manuscripts*, 11, 183-214. Recuperado de <https://ddd.uab.cat/pub/manuscripts/02132397n11/02132397n11p183.pdf>
- Prescott, W. (2004). *Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel* (Trad. P. Sabau y Larroya)(vols. 1-4). Madrid: Imprenta de M. Ribadeneyra y Compañía, 1845. Edición facsímil editada por la Junta de Castilla y León.
- Ríos Saloma, M. (2011). *La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*. Madrid: Marcial Pons.
- Rodríguez Bernal, N. y Bort Tormo, E. (2005). La invención de la mujer perfecta. La imagen de Isabel La Católica del siglo XVI al XX. En V. López Cordón y G. Franco (Eds.), *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica* (pp. 691-708). Madrid: Fundación Española de Historia Moderna.
- Vekene, E. (1982). *Bibliotheca bibliographica historiae Sanctae Inquisitionis*: Vols. 1-2. Vaduz: Topos Verlag.
- Villora, S. y Lanero, J. J. (1992). *La historia traducida. Versiones españolas de las obras de Prescott en el siglo XIX*. León: Universidad de León.
- Ticknor, G. (1864). *The Life of William Hickling Prescott*. Boston: Ticknor & Fields.